

miércoles, diciembre 3, 2008

## Comentario

1931

¿Mil novecientos treinta y uno?

¿Alguien se puede creer que existiera internet el día 17 de noviembre de 1931?

Publicado por honoraria en 13:25 En [Enlaces a esta entrada](#)

Yo por lo menos no podía, pero — aunque imagino que huelga decirlo, musitó, como distraída; porque imaginaba que yo, «usted», dijo, y que a muy poquito perspicaz que fuese, me habría dado cuenta ya yo sola porque (y no puedo evitar el repetirlo, tan acomplexada y por tan torpe que me he tenido siempre) a ella no se le despintaba «con nada más echarle la vista encima» (aquí debo hacer otro inciso y explicar que soltó una risita, aunque siguió mirando para otra parte, como distraída, y rectifico diciendo «bueno “las”, para hablar con propiedad») cómo era quien estuviera teniendo enfrente «y usted, que lo veo yo» no debía de tener un pelo de tonta — él, que mala persona no era (y quería que yo lo entendiese) aunque hubiese estado tal vez encantado de poder mortificarla o de chincharla (y repitió “chincharla” y añadió «sí, “chincharla” es exactamente lo que dijo») un poquito por lo menos, era sí del todo incapaz de inventar algo así.

Por eso quiero que usted lo entienda. No sé si por lealtad — a ella, claro; a él no lo conocí y no podría asegurar personalmente si era o no era capaz o incapaz de tal o cual — o por justificar mi propia... ¿ingenuidad?, ¿lo calificaría usted de “ingenuidad”? Pero no me conteste, luego diría que me ayudó y pretendería que los méritos fuesen a medias. Lo cambiaré yo misma por “credulidad” y... ¡pero acuérdense de darle luego al botón ese de borrado!; no quiero que aparezcan palabras que no he pronunciado jamás... ¿Por dónde iba? No me lo diga.

Así que permanecí en silencio.

Permanecí con la boca cerrada, incapaz de encontrar argumento ninguno mediante el que poderla persuadir, hacerla entrar en razón de que aquello era un auténtico disparate...

– Una verdadera locura.

– Oh — me sobresalté —; ¡yo no he dicho eso!

– Pero lo parece — se giró, entonces, quitándose las gafas con gesto muy lento; y agregó despacito —: ¿Verdad?

Y se me quedó mirando, con el ojo derecho, entornado el izquierdo; luego suspiró, se volvió a poner las gafas y parpadeó y, mirándome ahora sí con los dos ojos, dijo que aquella panda de inútiles había subestimado... “no sabría decirle — dijo; y que bien que lo sentía pero «espero que sepa ponerse en mi lugar» (cerrando los dos ojos y llevándose con gesto muy cansino una mano a la frente) porque ya estaba hasta medio mareada con tanto lío — si a Encarnación Corcuera o a Georgina”; pero que, de eso sí estaba segura, en lo que íbamos a llamar aunque fuese nada más para entendernos entre nosotras *algo que se queda en el aire porque después de discurrir un rato no se decide a llamar de ninguna manera* (que deberá ir en cursiva porque al espiar por encima de mi hombro le gustó y dijo «llámelo así mismo, por ejemplo») había algo que... bueno: la tenía, dijo, “vamos a decir un poquito intranquila”.

– ¿“Algo que se queda en el aire porque después de discurrir un rato no se decide a llamar de ninguna manera”? — Indagué, con una cierta cautela.

– Eso es — Desabrochando ella, y volviendo a abrochar, uno de los puños de su blusa.

– ¿“Entre nosotras”? — Aventurándome, un paso más, en mis pesquisas.

– Sí — Había desabrochado el otro puño y se disponía a, con lentitud crispada, hacerle un doblez.

– ¿“Para entendernos”? — Ahondé.

– Exacto — Y volvió a estirar el puño y, con más dificultad que el otro aunque pensé “eso debe de ser porque sea zurda”, se afaná en abrocharlo.

– ¿Está segura?

– ¿Piensa — espetó brusca, dejando de pelear con el botón y mirándome, fijamente, de nuevo con un solo ojo — repetir así, de dos en dos, todas las palabras que yo he dicho pero en orden inverso?

– Oh, pues... No me había dado cuenta, pero... — me paré diciéndome “no irás a perder tú también la calma, ¿verdad?”; y recuerdo que también yo la miré y, como ella, sólo con un ojo también; y que en lugar de defenderme protestando que *algo que se queda en el aire porque después de discurrir un rato no se decide a llamar de ninguna manera* tiene veintiuna le contesté con mucho aplomo “lo puedo intentar de tres en tres”.

– ¡Eso — dijo, volviendo a uñetear con su ojal y su botón —: hágame burla encima!

Abrí los dos ojos, un poco avergonzada; y pensé decirle que lo había hecho sin mala intención pero, considerando que eso pudiese poner las cosas peor, dije, en el tono más amable que supe encontrar “es que, en fin, intente comprenderlo”.

– ¡Pero si lo comprendo! — Había logrado abrochar el botón y, mientras tiraba de los piquitos del puño que se quedaban un poco levantados —: Ya estoy acostumbrada.

Luego, coincidiendo con el momento exacto en que los piquitos del puño habían quedado como ella los quería, dijo “aunque creo que no me acostumbraré nunca”. Y que “pero, bueno”; cruzando los brazos y echándose un poco aovillada hacia delante, como si se acunara a sí misma...

– Lo que necesito que entienda — decidí zanjar — es que yo no puedo saber de qué estamos habland...

– ¿“De qué estamos habland...”? — Se desovilló y casi de un salto se puso de pie para, agitando alterada los brazos muy abiertos, reprochar “de qué estamos hablando cuando parecía que se había enterado usted tan estupendamente bien”.

– Pero es q...

– Estupendamente; sí — gritó —: llegué a estar convencida de que usted se había enterado a la perfección de que un hombre tan soso no podía inventar algo tan extravagant...

– ¿Un hombre tan soso? ¿Un hombre tan soso? ¿Un hombre tan soso y yo creyendo todo el rato que era una tal Remedios?

– Una tal Remedios... — se había colocado una mano en la cadera y con la otra se rascaba detrás de una oreja — ¿Qué “tal Remedios”?

– Ayuso — yo — mil novecientos treinta y...

— ¡“Treinta y nada”! — cortó, taxativa. Y cambiando de mano y de cadera —: Soso pero no tanto. Además, esa otra bobada que usted dice es sólo una coincidencia tonta...

— ¿Ah, sí?

— Cualquiera que sepa trastear un poquito con internet hace tan ricamente ese tipo de cosas... Yo — dejó de rascarse la otra oreja — le estoy hablando de mi marido.

Y, puede que porque (una vez persuadidas las dos de que no era, o “soy”, tan lista como ella pensara) me quedase más claro, enumeró “juego del escondite”, “mil novecientos noventa y cuatro”, “yates”.

Y yo, entonces, queriendo quizás evitar que dijese (por si le resultaba doloroso) las dos palabras más representativas de la historia que se notaba que estaba pretendiendo evitar, “niño” y “hámster”, hice memoria todo lo deprisa que pude y, plantándome de un salto delante de ella:

— ¡Ya lo tengo!

— ¿El qué? — Ella.

— “No sé si es tan sencillo”

— ¡Pero si acaba de decir que ya lo tiene!

— Su marido — yo —; ya justo al final.

— ¿“No sé si es tan sencillo”? — Ella.

Y cuando le digo que sí va y me dice que sí, que bueno, pero que eso fue al principio.

— No, no; perdone — yo —: al final. Lo recuerdo perfectamente porque sé que pensé que qué lástima que una historia, por lo demás tan bien traída... o llevada, terminase de una forma tan...

— ¿Verdad que sí? — Y por primera vez en todo el rato que llevamos hablando parece que se alegra, y que se le ilumina la mirada y...

— Pero eso fue al final — Insisto.

— Que no hija, que no — Y echa la cabeza hacia atrás y hasta la mirada tan difícil suya se le ilumina más y, con voz casi soñadora, dice “aunque habría sido perfecto”.

— ¿Y no lo fue? — Yo, con cara de asco.

— Sí, pero sólo al principio; ya le digo. Luego...

Y se pone a relatar contando, como hablando sola, que qué mejor final que un final soso “para él, tan soso; y para mí tan aburrida y tan hastiada. Para los dos tan cansados y tan hartos de toda una vida tan sin fuste qué mejor que un final tan sin sustancia”.

— Pues a mí — le dije, como a veces me da por ponerme filosófica — me parece que un final en condiciones puede redimir toda una vida de desastres... ¿No?

— ¡Pero si la que se nos vino encima luego está siendo muchísimo peor!

— ¿Qué “la que se les vino”?

— Pues... la papeleta.

— ¿Peor que qué?

– Pues que poner punto y final y pasar página... ¿No se lo estoy diciendo?

– ¿Para ir adónde? — Yo, erre que erre filosófica.

– Pues a otra parte, a otra cosa... Yo qué sé.

Pero que, a ellos, “a nosotros, por qué no tuvo algún necio, o necia, que dejarnos en paz” porque, dice, con esto “yo lo siento mucho pero no me sé desenvolver, la verdad” y sin tener, encima, dónde ni en quién “con un poquito de rodaje; como si dijéramos” (dice) fijarse...

– Siempre habrá alguien — yo en mi onda, y a lo mío — con más conocimientos, capacitado para poderles...

– ¡Pero si es que esto que nos está pasando no le ha pasado nunca a nadie más!

– No exagere.

– ¿Exagerar?... Fíjese que... porque a mí no me ha gustado de nunca dar un ruido; ni que nadie sepa lo que pasa en mi casa; así que ya le he dicho “hasta aquí hemos llegado y, te pongas como te pongas, te aseguro que yo no grito más”.

– ¿Tanto?

– ¡Si yo le contara! — Y suspira; y se coloca el pelo, y echando la cabeza hacia atrás dice “pero no” para, casi sin pausa, agregar en tono apesadumbrado “aunque la culpa, eso tengo que reconocerlo, la tuve yo”.

Yo siempre he sostenido que según en qué tipo de cuestiones la culpa es siempre de la mujer; pero como es una opinión muy subjetiva, y el asunto delicado, opto por no decir nada.

Pero ella sigue...

Ella sigue, como obsesionada, empeñada en explicar que es una cosa que a ver cómo me la podría explicar...

– Y esto, digo yo — que es todo lo que se me ocurre —, ¿no les había pasado antes, cuando todavía pues parece que...

– ¿De jóvenes?

– Eee... aaa... Sí.

– Ay, hija mía... ¡si nos hubiera pasado de jóvenes!

– Sí; claro. Porque parece que cuando se es muy joven pues se es... es todo más... pues como que...

– ¡Mejor; sin duda!

– ¿Más?

– Pues sí porque, mire, yo lo pienso muchas veces cuando estoy un poquito tranquila. Infinitamente mejor porque, aun dentro de lo malo, cuando se es joven se tiene más imaginación, más recursos, más empuje para encarar una cosa así; pero nosotros, a la edad que ya tenemos... o “teníamos”, porque ahora, con esto, y de la época a la que hemos pertenecido siempre, todo tan siempre igual, como quien dice. Y, ahora, estas excentricidades... Pero, con este panorama, ni a hacer planes para algo tan inocente como ir, yo que sé, pues al cine, nos atrevemos...

– ¿Ni siquiera a ir al cine?

¿Es que no me ha oído?

– ¡Oh!, no; sí, muy bien. Pero que... ¿Y dibujos animados, tal vez?

¿Qué dibujos animados?

– Bueno... No sé; pero... Walt Disney o... ¡alguna de animales! Son todas muy tiernas y nada conflic..., nada problemat...

¿Tiene que echar leña al fuego complicando las cosas más de lo que ya lo están? ¡No precisamos nada del género!

– Aunque no es algo que tenga demasiada importancia; claro está. Sólo estaba siendo un ejemplo de...

– ¿Sólo estaba siendo un ejemplo?

¿Está segura de que me oye bien?

– Sí; muy bien.

Sí; claro. Además, considerando que usted no tiene nada que ver en esto... ¿Por dónde íbamos?... ¡No me lo diga!

– Un ejemplo de que teníamos miedo.

– ¿Pero miedo de qué?

– No es fácil encontrar una explicación convincente para una persona tan cerebral, tan con los pies en el suelo como sin duda lo es usted.

Y parece ser, por añadidura, que él era hombre de pocas palabras.

– Podíamos estar — porque yo otra cosa a lo mejor no tengo, pero sí una memoria magnífica y recuerdo letra por letra las de ella — días, o semanas, incluso meses sin hablarnos.

Esa podía ser, en su opinión “aunque sospechase en el fondo de mi corazón estar engañándome; pero las personas normales necesitamos que las causas de lo que nos atormenta radiquen en algo lo más parecido posible a circunstancias ajenas” la causa de que tardaran tanto tiempo en darse cuenta.

Se culpaba, incluso, de haber hecho mal quedándose allí, parada frente al ordenador cuando, por una vez en la vida tan poquito “pobrecito mío; que mala persona no era pero qué poquito sentido de lo lúdico o, por lo menos, del humor” que tuvo siempre, le había podido quién sabe si seguir el juego y no que luego, cuando se hartó de esperar acurrucado en el pequeño cobertizo del jardín..., que no tenían jardín, un quinto piso, pero ella pensaba que quedaría más literario “pequeño cobertizo” que “cuarto de los trastos”, un verdadero cuchitril con un ventanuco que daba al patio interior, de las cocinas con olor enmohecido de bayetas húmedas; así que me dijo que por favor “cobertizo”, o necesitó ir al baño o le entro hambre porque se hizo, entre unas cosas y otras la hora de cenar y, aunque él se arreglaba con cualquier cosa tan apático que lo mismo le daba una exquisitez del tal y cual que un plato de lentejas con... Bueno, yo que sé... ¿por dónde íbamos?

Esta vez no hice ni intención de contestar.

¿Seguro que me oye?

– Ha dicho usted...

¡No me lo diga!

Luego rectificaba, o veía las cosas de otro modo y decía “me gustaría que alguien me dijese; pero no me lo diga”, claro, porque ella sabía muy bien

que nadie podía saber, sin haberlo buscado, si él se había escondido o no pero que, a lo mejor y para una vez que, él se había sentido defraudado y, molesto, se enfurruñó y se encerró en un mutismo de días o de semanas aunque, a veces, el mutismo era nada más por nada y sólo porque no había nada que decir o que, dijo también, si al menos le hubiese preguntado...

Le dije entonces “¿y si fue que no, qué?” y “para que vea que a lo mejor no toda la culpa fue de usted”.

– ¡Pues claro que lo fue!

Pero que cómo hubiera ella, tan inocentemente, recién entrada de la calle y sin haber mediado más que las palabras cotidianas, caminando por el pasillo con los zapatos recordaba en la mano porque tenía los pies – había sido un día muy movido y tuvo que acompañar a muchos clientes; estaba reventada – hinchados, deseando cambiarse de ropa, saber que el hacer una pregunta tan tonta iba a desencadenar...

– Pero si no la hizo.

Deje que me confunda sola, ¿quiere? Le he dicho que no me ayude...

Continuará